

1817. nia desde aquel instante á la disposicion de
Junio. Mina. «Si así es», contestó éste, «marcho directamente á la capital».

Su valor y su entusiasmo le presentaban la empresa como cosa fácil de realizarla, haciéndole ver las cosas por un prisma seductor de triunfos y de glorias. Creia animados á todos los jefes del sentimiento puro por la independencia, unidos estrechamente por una sola idea, sin rencillas, sin mas aspiraciones que las nobles y elevadas de la emancipacion de la patria; pero parte de sus dulces ilusiones desaparecieron cuando vió que reinaba entre muchos de ellos la rivalidad y la desunion, que no producen mas que resultados funestos en donde quiera que asoman. Sin embargo, en medio de la pena que le causó ver la poca armonía que reinaba entre sus nuevos compañeros de armas, acariciaba la esperanza de que las rencillas desaparecerian; que conseguido esto, podria dar un impulso gigantesco á la revolucion, y que en todos encontraria la cooperacion que anhelaba, y de la cual dependia el buen éxito de la empresa. Esta cooperacion la encontró muy sincera y firme en D. Pedro Moreno, D. Miguel Borja, D. Encarnacion Ortiz (el Pachon) y en algunos otros; pero en los demás, bien fuese porque desconfiasen de su sinceridad, bien por otro motivo cualquiera, siempre se mantuvieron con cierta frialdad hácia él, y no pocas veces con marcada oposicion á sus opiniones, que produjo funestos resultados á la causa de la independencia. No obstante la amargura que esa frialdad y oposicion de algunos le causaba, se empeñó en hacer todos los esfuerzos que á su alcance estuvieran para hacer

triunfar el partido que con fé sincera habia abrazado, y con el dinero que sacó de la hacienda del Jaral, hizo que se fabricase armamento y municiones, al mismo tiempo que contrató en la misma villa de Leon, guarnecida por tropa realista, sin que llegase á sospecharlo ninguno de los vecinos de la poblacion adictos al gobierno vireinal, vestuarios y calzado para su tropa. Para organizar cuerpos de independientes en el territorio en que mandaba el P. Torres, así como para dirigir las fortificaciones del cerro de San Gregorio, acompañó al expresado eclesiástico al referido fuerte cuando á él volvió el coronel Novoa, y le dió ocho mil duros para que proveyese de víveres el cerro del Sombrero, pues empezaban á escasear en él. Con el fin de que las tropas del Bajío obrasen con orden y disciplina, fué nombrado inspector de ellas el coronel Young, y se dictaron otras providencias muy acertadas en todo lo referente al servicio de las armas.

En la marcha que Mina hizo despues de la accion de Peotillos, desde esta hacienda hasta donde encontró la primera partida independiente al mando de D. Cristóbal Nava, habia caido prisionero en poder de los realistas el teniente Porter. Mina, al verse investido del mando en jefe del ejército independiente, sabiendo que su oficial habia sido conducido á la villa de Lagos, donde estaba de comandante el jefe realista Revuelta, propuso á éste un canje, dando por Porter varios prisioneros de las tropas del gobierno. Revuelta no admitió la proposicion, y el oficial de Mina fué embarcado en San Blas para ser conducido al presidio de Manila.

Mientras Mina habia adquirido las ventajas y triun-

1817. fos que dejo referidos, veamos los acontecimientos que se habian operado en el fuerte de Soto la Marina en que habia dejado una guarnicion de hombres decididos, al mando del mayor D. José Sardá. Éste, con la actividad propia del carácter catalán, habia trabajado en terminar las obras de fortificacion; en llevar al fuerte las municiones que habian quedado en la boca del rio de Santander cuando llegó la escuadrilla realista; en observar los movimientos de ésta que volvió al mismo punto despues de la marcha de Mina; en formar una milicia nacional con los vecinos de la poblacion, mandados por el mayor Castillo, y en disciplinar los reclutas. Sabiendo que el jefe realista Arredondo se acercaba á sitiarse, aumentó el acopio de víveres; y á fin de que abundase el trigo, hizo salir el 3 de Junio una corta seccion de sus tropas á la villa de las Presas del Rey, á las órdenes del capitan italiano Andreas. Conseguido el grano, se cargó en veintitres mulas, y la seccion emprendió su marcha de regreso para el fuerte. Cuando se hallaba á mitad del camino, fué asaltada por una fuerza realista, superior en número, que atacó con ímpetu terrible. Todos los de la partida enviada por Sardá quedaron muertos, excepto tres que fueron hechos prisioneros, siendo uno de ellos el capitan Andreas. Como la guerra era sin cuartel, dos de los prisioneros fueron inmediatamente pasados por las armas, y solo se libró de la muerte el capitan Andreas, manifestando que habia hecho la guerra en España contra los franceses, y ofreciendo servir en el ejército realista. No solamente tuvo Sardá que lamentar la pérdida de la seccion acuchillada por el enemigo y la pérdida del trigo,

sino tambien algunas desavenencias ocurridas entre los oficiales de la guarnicion. A consecuencia de ellas, Myers y el comisario Bianchi se retiraron al destacamento de la barra, dejando el primero el mando de la artilleria, que le fué conferido al capitan francés Dagassan.

La division realista, al mando de Arredondo, llegó á presentarse delante de Soto la Marina el 10 de Junio. Sardá, para evitar que los sitiadores tuviesen donde alojarse, habia quemado la poblacion desde que supo que estaban muy cerca. Arredondo situó su campo en el rancho de San José, en la ribera derecha del rio, á distancia de una legua escasa del fuerte. Se componia su fuerza de seiscientos sesenta y seis infantes de los regimientos de Fernando VII y Fijo de Veracruz, ciento nueve artilleros, y ochocientos cincuenta jinetes, segun parte del mismo Arredondo al virey (1). D. José Sardá solo contaba con ciento treinta hombres; y aunque es cierto que el fuerte se hallaba perfectamente construido así como bien artillado, sin embargo no compensaba esto á la fuerza numérica de los sitiadores. Las tropas de Sardá ocupaban, parte de ellas, la fortaleza, y otra parte la barra. Pocos dias antes habia sido hecho prisionera, por el teniente coronel D. Felipe de la Garza, una seccion de veintiocho hombres que estaba situada fuera del fuerte. El teniente Huichinson que la mandaba, cayó herido en el combate, y estando tendido en el suelo por causa de las heridas que habia recibido, hicieron fuego sobre él. Los prisioneros fueron entregados por Garza al jefe Arredondo.

(1) Parte dirigido por Arredondo al virey en 30 de Junio.

1817. Los realistas rompieron el fuego sobre el fuerte el 11 de Junio, y el 12 establecieron una batería en la ribera izquierda del rio. El 13, por invitacion del capitan italiano Andreas que, como he dicho, habia ofrecido servir á la causa real cuando cayó prisionero, se pasaron á las tropas sitiadoras el oficial de ingenieros La Sala y el capitan Metternich del primero de línea. Indignado D. José Sardá por esta desercion, convocó á los oficiales á una junta de guerra, en la cual juraron todos, cruzando las espadas, defender la fortaleza hasta que se agotasen todos los medios de defensa. El oficial de ingenieros La Sala que se habia pasado al ejército de Arredondo, como que conocia perfectamente la posicion de los sitiados, contribuyó mucho á la acertada direccion del sitio. El jefe del ejército sitiador, para evitar que los sitiados pudiesen bajar al rio á proveerse de agua, situó una batería á corta distancia del muro: la sed empezó á dejarse sentir entre los defensores del fuerte, y una mujer mejicana, animada de noble heroismo, bajó al rio, exponiendo generosamente su vida, y llenando de agua dos cántaros, volvió al fuerte, aplacando así, por entonces, la devoradora sed de los soldados.

Don José Sardá, para suplir el corto número de su gente y hacer un fuego continuo sobre los sitiadores cuando se aproximaban, tenia á prevencion un número considerable de fusiles cargados, pues abundaba en sus almacenes el armamento. De esta manera, el soldado disparaba un tiro tras otro sin interrupcion, pues no tenia necesidad de cargar, multiplicando, en consecuencia los disparos, hasta el grado que pudieran hacerlo triplicadas fuerzas.

La artillería realista, haciendo un fuego no menos activo que certero, llegó á desmontar varios cañones á los sitiados y abrió bien pronto una brecha practicable en la fortaleza. D. José Sardá, no dudando que muy en breve sufriria un asalto, logró, con su prodigiosa actividad, volver á montar las piezas, las llenó de balas hasta la boca, cargó el obús con mas de nuevecientas balas de fusil, y teniendo prevenidos mil fusiles con bayoneta y carga, esperó el ataque, prometiéndose causar sobre los asaltantes un horrible estrago. Una parte de la infantería realista se presentó el dia 15 en una suave altura á muy corta distancia de los sitiados. Estos conocieron que iban á ser acometidos, y se prepararon. Los realistas, formando rápidamente sus columnas de ataque, se lanzaron al asalto, al grito de «Viva el Rey». A este grito respondieron Sardá y sus soldados con el de «Viva la libertad, viva Mina», lanzando al mismo tiempo sobre los asaltantes una lluvia mortífera de balas y metralla que les obligó á retroceder. Puestos fuera del alcance de los fuegos del fuerte, volvieron los realistas á disponerse para volver al asalto; pero antes quiso Arredondo intimar rendicion á los sitiados, como en efecto les intimó. D. José Sardá, que en todos sus actos dejaba conocer su belicoso carácter catalan, contestó á la intimacion diciendo, que estaba resuelto á volar el fuerte, con todos sus repuestos de pólvora y municiones, antes que rendirse. Contestacion varonil y resolucion heroica que hubieran llenado de gloria su nombre en otras circunstancias; pero que perdian su mérito, que sonaban de una manera desagradable á los oidos de la gente imparcial en boca del que com-

batia contra los intereses de su patria, por justa que fuese la causa de la independenciam, como lo era realmente.

1817. Sardá, antes de dar la respuesta referida,
Junio. habló á sus soldados, animándoles al combate, y todos unánimes contestaron que estaban prontos á morir. No pudiendo Arredondo dudar de que la resolucion la llevaria á cabo el valiente jefe que mandaba el fuerte, entró, por medio de uno de sus ayudantes, en un nuevo parlamento. En él propuso por escrito á D. José Sardá, los medios de una capitulacion honrosa que el ayudante aseguró, bajo su palabra, que seria cumplida. De la fuerza que habia quedado defendiendo el fuerte, solo quedaban treinta y siete hombres que no podian ser socorridos ni por la seccion que guardaba la barra ni por la que se hallaba fuera. Sardá, viendo salvado el honor y la vida de su escasa gente con la capitulacion digna que se le proponia, la aceptó. Acabadas así las hostilidades, salió aquella misma tarde del fuerte con los treinta y siete hombres que le quedaban, los cuales dejaron las armas, como estaba convenido, á quinientos pasos del enemigo. El jefe realista Arredondo, al ver aquel número insignificante de soldados, cuando poco antes habia oido el fuego incesante y vivo que sobre los asaltantes llegó á hacerse, dudó que estuviesen presentes todos, y dominado por esta duda, se acercó á D. José Sardá, preguntándole: «¿Es esta toda la guarnicion?»—«Toda», contestó Sardá. Arredondo, asombrado de lo que oia, se volvió entonces al coronel del regimiento de Fernando VII, exclamando: «¡Es posible!»

En la capitulacion entró tambien el destacamento de

la barra, en donde estaban el teniente coronel Myers y el capitan de marina Hooper.

Con la toma del fuerte se hicieron los realistas de un número crecido de armas, de municiones y pertrechos de guerra, que les eran de suma utilidad para la guerra que las tropas de aquellas provincias hacian contra los indios bárbaros de la frontera que las habian invadido. Los sitiadores sufrieron crecidas pérdidas de gente en los varios ataques que habian dado al fuerte. El número de muertos fué bastante alto, y entre los heridos, cuya cifra fué mucho mayor, se encontraban los tenientes coroneles don Felipe de la Garza, Elosúa y Madero. Estos dos últimos pertenecian al Fijo de Veracruz. El teniente coronel Madero, que salió herido en este asalto, es el mismo que fué procesado por la capitulacion de Pachuca en 1812.

Entre los individuos que capitularon se hallaba el doctor D. Servando Teresa de Mier á quien parecia empeñada la fortuna en perseguirle, y el doctor habanero don
1817. Joaquin Infante que habia ido en la expedi-
Junio. cion de escritor y periodista, tomando luego el título de auditor de la division auxiliar.

La rendición del fuerte de Soto la Marina se verificó en el mismo dia y casi en la misma hora en que Mina alcanzó en la hacienda de Peotillos el triunfo sobre las tropas reales. Así la caprichosa suerte, mientras en una parte le sonreia, en otra se le mostraba sañuda.

Los dos primeros dias anduvieron libres los individuos de la guarnicion; pero al tercero se les puso una guardia, y se les obligó á trabajar en dar sepultura á los cadáveres de los soldados muertos en el combate y en destruir las

fortificaciones. En el parte dado por Arredondo al virey Apodaca, aseguró que únicamente se les había concedido la vida, y eso á los que estaban en el fuerte y la barra. No hallándose, pues, comprendidos en esa capitulacion los veintiocho hombres que, como queda referido, hizo prisioneros algunos dias antes el teniente coronel don Felipe de la Garza, fueron pasados por las armas. Respecto á los que habían capitulado, como la capitulacion se hizo sin que se extendiera documento ninguno en que constasen las condiciones de ella, seria aventurado decir si, con efecto, no hubo de parte de Arredondo mas ofrecimiento que el de la vida, ó si habiendo ofrecido algo mas, no quiso cumplirlo.

Transcurridos algunos dias, los prisioneros fueron conducidos en cuerda al pueblo de Altamira. Hallándose en este punto, intentaron escaparse para apoderarse en Tampico de algun buque en que embarcarse y pasar á los Estados Unidos. Descubierta su intento, fueron asegurados con prisiones y llevados por el camino de la Huasteca hasta Pachuca. Al P. D. Servando Teresa de Mier, se le llevaba en una mula y con grillos en los piés: habiendo en un paso difícil del camino tropezado la cabalgadura, cayó de ella, teniendo la desgracia de fracturarse un brazo. El doctor habanero D. Joaquin Infante, que era tambien otro de los prisioneros, le hizo la curacion. Colocado de nuevo en la mula, siguió su camino sufriendo terribles dolores. Llegados los prisioneros á Pachuca, fueron conducidos inmediatamente á Veracruz y colocados en el castillo de San Juan de Ulua. El P. Mier no salió con sus compañeros de infortunio, sino que fué llevado á Méjico

con extraordinario secreto, y encerrado en la cárcel de la Inquisicion. Nadie llegó ni siquiera á traslucir que se hallaba en la capital y mucho menos á imaginarse que era su prision el edificio del Santo Oficio. Este tribunal no le formó causa alguna, y fué tratado con la mas distinguida consideracion. Muy lejos de molestarle ni oprimirle, le proporcionó libros, y le permitió escribir, resultando de aquí, que durante el largo tiempo que duró su prision, redactase las *Memorias* de su vida y otros escritos muy curiosos. Así pasó los dias de su encierro, entretenido en cosas de utilidad y de recreo, hasta que nuevos acontecimientos le sacaron, como veremos, á seguir la carrera de sus incesantes vicisitudes.

Los demás prisioneros que, como he dicho, se condujeron al castillo de San Juan de Ulua, fueron encerrados en molestos calabozos, llevando cada pareja una cadena al pié. A D. José Sardá le pusieron grillos y le vigilaban continuamente. Era alto, nervudo y de aspecto varonil. Únicamente se les sacaba á que tomasen el sol por un rato, y en seguida eran conducidos á la prision. Así permanecieron, sufriendo la desnudez y la pobreza. Algun tiempo despues fueron llevados á España, en donde por consulta del consejo de guerra fueron distribuidos de cuatro en cuatro en diversos presidios, recomendando á los comandantes, «que fuesen tratados con el mayor rigor, hasta que por pruebas indudables se hiciesen dignos de la clemencia del rey.» El gobierno trataba con esta conducta severa de contener cualquiera otra expedicion que se intentase en los Estados Unidos, haciendo ver el rigor con que serian castigados los que cayesen en poder de las armas realistas.